

CONFERENCIA XI

NATURALEZA Y SOBRENATURALEZA

1. **La más grande dificultad que encuentra el Cristianismo.**—Ningún autor debe hablar de sí mismo; pero, para avisar á otros, puede hablar de sus propios defectos. Tal es la razón de que queramos confesar francamente una de nuestras más grandes tentaciones, la causa de la mayor parte de nuestras medianías, la razón de tanta cobardía y respeto humano, la raíz de esa vacilación entre Dios y los bajos respetos de que debemos, con demasiada frecuencia por desgracia, acusarnos avergonzados. Como todo aquel que posee una inteligencia sana y un corazón recto, vemos perfectamente que es razonable aceptar lo que Dios ha revelado, y que es para nosotros motivo de vergüenza el que, aun convencidos de ello en el fondo de nuestro corazón, vacilemos en seguir nuestra convicción en la práctica; en una palabra, vemos que no podemos estar contentos, sino en el caso de que hagamos cuantos esfuerzos podamos para ser sinceramente creyentes y vivir según la fe. Pero ¿por qué no puede realizarse esta hermosa concepción? Sólo avergonzándonos podemos confesar la causa, y, no obstante, la confesamos. Se nos ha dicho centenares de veces que, para ser cristianos, era preciso dejar de ser hombres.

Gracias á Dios, hemos reconocido la inanidad de este prejuicio; pero no podemos desembarazarnos de cierto temor sobre este punto. Es pueril, pero lo sentimos. Imposible es deshacernos del temor de que no podemos sacar provecho alguno del mundo, si no tenemos la preocupación

única de llegar al cielo. Si fuese posible armonizar el culto de Dios y el honor de los hombres; si no nos dejásemos influir por la inquietud de que una supuesta piedad exagerada podría impedirnos apropiarnos la instrucción profana; si pudiésemos arrojar de nosotros el temor de perder el sentido práctico de la vida á causa de pensar continuamente en el cielo; si pudiésemos convencernos de que no quedamos obligados á renunciar á toda recompensa terrestre y á la dicha temporal, al aspirar á la vida bienaventurada de la eternidad, toda dificultad quedaría zanjada. ¿Quién no preferiría vivir según su convicción y según las buenas inclinaciones de su corazón, antes que verse sometido á esa continua contradicción entre la cabeza y el corazón, entre el deber y el temor, que hace que uno se sienta disgustado de sí mismo, y, finalmente, de la vida?

Por otra parte, hablando francamente, creemos que no somos los únicos que experimentamos este escrúpulo. Un gran autor espiritual cristiano, que conocía á fondo á los hombres, Luís de Granada, llama á este pensamiento la tentación de todos los principiantes y de todos los espíritus débiles. (1) Pero mientras que este piadoso asceta habla únicamente de los pequeños, un hombre, á quien ciertamente muy pocos igualarán en experiencia del mundo, Boecio, no vacila en afirmar que aun los más sabios no están exentos de esta inquietud. (2) Aun en los mejores tiempos de la Edad Media, era esta una cuestión que preocupaba mucho á los espíritus. Encontrámosla en casi todos los poetas serios, y es el pensamiento fundamental que satura al más profundo de todos los poemas alemanes, *El Parzival*. Del mismo modo, ha hecho reflexionar profundamente á un carácter tan ligero como Walther de Vogelweide, quien le ha dado una solución con la cual no podemos estar muy conformes. El más célebre de sus poemas comienza así: «Estaba un día sentado en una piedra con

(1) Lud. Granat., *Dux peccat.*; 1, 2, 11. *Domin. 2 post Pascha concio 2, introd.*

(2) Boetius, *Consolatio*, 4, pr. 5.

una pierna sobre la otra, el codo apoyado en ellas, y mi barba y mis mejillas entre mis manos.» (1)

Preciso era que se tratase de una cuestión seria para que frunciere las cejas este espíritu veleidoso, que ordinariamente no pensaba más que en cantar el amor y en recibir buen sueldo. Sí, vínole de repente un pensamiento, que parece haberle penetrado hasta el fondo del alma: El honor y las riquezas raramente van juntos. (2) ¿Cómo, pues, sería posible rendir homenaje á Dios con estos bienes terrenos? Reflexionó sobre esto cortos momentos, porque la reflexión larga y profunda no es propia de semejantes espíritus. Pero al comprender que algo serio iba á apoderarse de él, levantóse aterrorizado por este extraño huésped, y continuó su ruta, la ruta de la vida ligera, y se dijo en su interior: «Desgraciadamente, jamás se verán reunidos en un mismo corazón las riquezas y el honor de la tierra con la devoción á Dios.»

2. Cuán difícil es asociar lo natural y lo sobrenatural en una unión pacífica.— ¡Ah, esto es lo que ocurre con nosotros en el mundo! ¡Con esta condición se atreven á predicarnos la vida cristiana! ¡Por qué no se nos dice, desde el principio, que no tenemos otra perspectiva aquí bajo, sino la de ser desgraciados, si queremos ser eternamente felices? «¡Pues bien,—dicen Schiller y Goethe en sus poesías bien conocidas de todos—pues bien,—repiten centenares de sus imitadores—preferiríamos que se nos hubiese dejado ser paganos. Todo lo hemos sacrificado para convertirnos en algo recto y completo, y debemos hacer la triste observación de que no podemos arraigarnos en parte alguna, de que en parte alguna somos nada, ni car-

(1) Walther, 81, I (Pfeiffer). Después de él, Frauenlob (Heinrich von Meissen) 263 Spruch (Ettmüller, 151): «Ich auf einer Grüne.» Cf. Kelin, 3, 3 (Hagen, *Minnes*, III, 23). Petrarca, *Canz.*, 21.

(2) La mayor parte de los poetas de la Edad Media cuentan cuatro bienes terrestres que van juntos: el cuerpo (la salud), la riqueza, el alma (un espíritu sano) y el honor. Así el *Catón Alemán*, 571, y además la nota en Zarnacke, 57. Se cuentan también de ellos tres, omitiendo el cuerpo: el alma, el honor y la riqueza: *Die Warnung*, 640 (Haupt, *Zeitschrift für deutsches Alterthum*, I, 464).

ne ni pescado, ni frío ni caliente. Abandonamos al hombre, y no encontramos al cristiano; hemos sacrificado la tierra, y ¿quién sabe si jamás veremos un trozo del cielo que esperamos en cambio? En suma, el ensayo que aquí hacemos despierta en nosotros pocas esperanzas de un porvenir mejor.» «Porque—como, en nombre de muchos, dice Jacobi, pagano de inteligencia, y cristiano de corazón—nado entre dos aguas que no pueden unirse en mí, de suerte que me engañan; pues del mismo modo que la una me levanta continuamente, la otra se abre sin cesar bajo mis pies.»⁽¹⁾

Si Goethe, si Jacobi, si personas informadas de su espíritu, usan este lenguaje, la respuesta es fácil de dar. Ciertamente es difícil que no haga mal á la verdad el que así habla. Pero, ¿podemos responderle otra cosa que la pura verdad, cuando millares de personas se refieren á esas confesiones con mal disimulada alegría? De aquí que no podamos abstenernos de decir que esas palabras contienen ya en sí mismas una justificación del Cristianismo. ¿No consiste precisamente su mayor gloria en hacer tan amarga la vida á los que nadan entre dos aguas? Si esas gentes no encuentran consuelo alguno en él, no es difícil de comprender; pero lo más extraño es que uno se conforme tan voluntariamente con su juicio. El hecho, en verdad, no es nuevo. En el Antiguo Testamento, el sabio dijo ya con ironía: «Si quieres saber cómo debes conducirte con la santidad y el trabajo, interroga al hombre irreligioso y al servidor perezoso.»⁽²⁾ Pues bien, así es como el mundo obra en realidad. Para conocer lo que hay de verdad sobre los conventos, se leen las pinturas horripilantes que de ellos hacen los perjuros que los han abandonado; para instruirse sobre la fe, atiéndense á los juicios de hombres que dicen de sí mismos que son paganos de inteligencia y medio hombres, por no decir anfibios.

Claro está que no podemos admitir semejante opinión;

(1) J. H. Fichte, *Beitr. zur Charact. der neuer. Philos.*, (2) 252.

(2) *Eccli.*, XXXVII, 12 y sig.

al contrario, debemos declarar que sólo admitimos sobre la influencia del Cristianismo el juicio de hombres que seriamente sean cristianos de inteligencia y se esfuercen en serlo con toda su alma.

Sólo que—dice Strauss—precisamente en esto estriba la dificultad de encontrar un cristiano completo. Y si encontramos uno, quizás sea precisamente aquel que más se lamenta de la lucha y de las dificultades con que tropieza. El mismo Pablo, que de lobo rapaz se convirtió en cordero, lamentábase amargamente, varios años después de su conversión, de que, por la carne, fuese esclavo de la ley del pecado, por más que, por la razón, era esclavo de la ley de Dios.⁽¹⁾ ¿Dónde, pues, encontrar uno exento de semejantes tormentos? ¿Es que existe uno solo que no tenga que contar las luchas que ha debido provocar consigo mismo, cuando ha querido convertirse de veras en cristiano, luchas muy parecidas en su interior al combate de dos pueblos,⁽²⁾ luchas que le eran desconocidas cuando sólo pensaba en vivir? De aquí que sea fácil de comprender el siguiente reproche que con tanta facilidad se formula: Hace ya mucho tiempo que el Cristianismo existe en el mundo, y tiempo de sobra ha tenido para transformar la tierra en un jardín divino; sin embargo, el abismo que le separa de la humanidad, antes se ha agrandado que disminuído, y los pueblos cristianos no han superado á sus émulo en concordia, en estabilidad, en paz y en virtud.

Cuestiones muy graves son estas, y de la respuesta que pueda dárseles, quizás dependa todo para ciertas personas. ¡Quiera Dios enviarnos un rayo de su sabiduría para que encontremos el camino, la verdad y la vida!

3. Diferencia entre la misión del Humanismo y la del Cristianismo.—El poeta y el pensador griego no conocían más que la naturaleza sensible, describiéndola con

(1) *Rom.*, VII, 25.

(2) Augustin, *In Genes. quæst.*, 1, 73. Ambros., *Abel et Cain*, 1. Eucherius Lugdun., *Comm. in Gen.*, 25, 23. Joan a Jesu Maria, *Instruct. novit.*, 1, 1, 13 y sig.

la grandeza, la belleza y la fuerza con que lo hacen todos los que no han aprendido á conocer jamás con más intimidad el verdadero contenido de la vida, y el corazón humano en su insondable miseria. El hombre con su poder ilusorio, el hombre con sus castillos en el aire y acabando por sucumbir viril ó miserablemente á la dura realidad, ha sido el fin á que tendía el arte de los griegos y particularmente el del Humanismo. Del hombre hicieron su más alto y único ideal, hasta el punto de imaginarse y representar la divinidad á imagen del hombre. En esto tenía sobre nosotros la antigüedad una ventaja que le aseguraba cierta superioridad sobre su campo estrechísimo y bajísimo, pues no tenía más que colocarse, por decirlo así, en su ambiente, que conocía desde su infancia, es decir, en lo que hay de puramente terreno. Muy pronto quedaba realizada su empresa, porque con suma facilidad se establecían en su ambiente propio. Por eso es tan comprensible que los escultores y los artistas antiguos se muevan sobre el estrecho campo del más acá con seguridad y comodidad tan maravillosas, que las ciudades y las legislaciones antiguas son siempre las que triunfan, por el éxito y la decisión, cuando las comparamos con épocas posteriores más ó menos cristianas. ⁽¹⁾ Los antiguos jamás se preocuparon mucho de lo sobrenatural; sus sentimientos y sus concepciones referíanse únicamente al hombre y á lo que le rodea. Juzgan según éste; sométenle todo lo terrestre, aun la religión; el suelo que los sustenta es el de la naturaleza y de lo sensible; en ellos todo se ve con los ojos, todo se toca con las manos; en una palabra, en ellos todo sería perfecto, si no fuese todo tan pequeño y tan limitado, si nos elevase una pulgada por encima de la estrechez de nuestra ordinaria vulgaridad.

Pero cuando el Señor de cielos y tierra celebró los desposorios de su único Hijo, y le dió por esposa la humanidad, procuróle todo lo que le era necesario para su destino nuevo, sobrenatural, porque ¿cómo hubiera podido exi-

(1) Fiquelmont, *Pensées et réflexions mor. et pol.*, 293.

gir de ella, en vista de su pobreza, una dote? Sin embargo, dejóle una cosa, la cual es en todas partes asunto propio de la esposa, allí en donde se le concede confianza y libertad: la disposición y orden de la casa.

Pero, por el momento, todo era nuevo para la esposa—y esta esposa no es sólo la cristiandad en general, sino toda alma cristiana:—nueva la lengua, nuevas las costumbres, nuevas las esferas intelectuales del reino que debía organizar. Ella, que hasta entonces había crecido en estrechísima situación puramente terrena, vió de repente que su patria se extendía sobre la tierra entera, que abarcaba la inmensidad de la eternidad, y que debía hacer todo lo posible para encontrarse en cómoda situación en estos dos mundos. Habituada en otro tiempo á considerarse como la piedra fundamental, como la clave de bóveda, como el punto central y el resumen de la creación entera, y acostumbrada á referirlo todo á sí misma, párecele ahora que es como el pequeño punto inicial de una serie de seres cada vez más perfectos, que se ocultan muy pronto á su vista con todas sus propiedades, y que, por ellos, debe elevarse el espíritu, como por una escala, hacia Aquel que habita en una luz inaccesible, ⁽¹⁾ y de cuya belleza es la de ellos pálido reflejo. El amor al Dios invisible y santo, en vez del amor á sí misma, debe convertirse en resorte y regla de todas las acciones, de todas las inclinaciones más secretas del corazón. En vez de embellecer la corta existencia terrestre con los refinamientos del arte profano, debe ella transformar el mundo, con sus actos y su vida, en mansión digna de Dios, hacer descender el cielo á la tierra y cambiar la tierra en Paraíso.

4. *Nada de Deus ex machina.*—Vemos, pues, que, como cristianos, debemos soportar un peso enorme. Verdad es que Dios está detrás de nosotros, como una madre detrás de su hijo, como el general detrás de los combatientes. Sabemos que su mano nos sostiene, y que su sabiduría y su fuerza nos preceden en el combate. Pero nos ama

(1) I Tim., VI, 16.

demasiado para querer atribuirse nuestro honor y el mérito de nuestra propia actividad.

La miseria personal y el horror al esfuerzo continuo han hecho que el Humanismo inventase ese *Deus ex machina*, que descende del cielo, interviene con mano poderosa en nuestra libre actividad, y corta el nudo de las dificultades, como con tanta frecuencia se ve en Homero, en Eurípides, y, del modo más desastroso, en el *Fausto* de Goethe. Cualquiera conoce su vida por experiencia; pero nuestra fe nada sabe de ese medio de auxilio tan cómodo, y, no obstante, tan indigno del hombre.

No queremos invocar aquí el testimonio de los teólogos, ni el de los predicadores y ascetas. Precisamente á causa del contraste que existe entre la antigüedad y los tiempos modernos, que han vuelto al Paganismo, es interesante é instructivo examinar este asunto en la literatura popular cristiana.

Ningún poeta verdaderamente cristiano, que comprenda toda la grandeza y gravedad de la empresa de la vida, puede hacer abstracción de lo sobrenatural; pero nunca ni en ninguna parte el poder sobrenatural se ha impuesto para vencer el mal sin el hombre y en lugar del hombre, ni para ejecutar el largo y doloroso trabajo de la purificación. He aquí lo que no puede omitir la poesía cristiana, si quiere mostrarse á la altura de su misión. Y he aquí precisamente lo que ella ha comprendido, siquiera no lo haya ejecutado siempre, ni sus esfuerzos hayan triunfado siempre por completo.

Nadie negará, por ejemplo, que las eternas apariciones celestes que hay en Calderón constituyan una imperfección. Lo único que hay es que forman una rara excepción en el género, porque todavía estaba bajo la influencia del clasicismo resucitado. Precisamente allí donde esta literatura posterior, teñida de Humanismo, todo lo ve lleno de hadas, que hacen milagros para los hombres, y entregan á su curiosidad obras teatrales, si, con todo, no hace desempeñar este papel á los dioses,—nos referimos aquí á

Tasso y á Camoens,—los antiguos poetas cristianos franceses nos muestran á los ángeles dirigiendo á los hombres, pero sin hacer el trabajo que á éstos corresponden. ⁽¹⁾

En las piezas anteriores de Hroswitha, en Gallicanus, en la Drusiana, representa también el *Deus ex machina* un papel importante; pero en los últimos, en la *María*, en la *Thasis*, ya no se descubre nada más de él. Lo mismo ocurre en Dante; un ángel le abre las puertas del infierno, ⁽²⁾ y otro las de la penitencia; ⁽³⁾ y allí donde el hombre no puede poner el pie por su propia fuerza, condúcele Beatriz. Verdad es que el poder de Dios está á la mira, pero no aparece visiblemente, ni obra en lugar del hombre, ni resuelve las dificultades. Constantemente en Dante, como en el *Rolandslied* alemán, ⁽⁴⁾ la manera como el hombre debe terminar su peregrinación, se deja á su obediencia, á la acción misteriosa de la gracia, y también á su propio esfuerzo, á su presencia de ánimo y á la manera de utilizar las circunstancias en que se encuentra. ⁽⁵⁾ Al mismo tiempo, cuando Dante se aproxima á esas regiones de la luz, hasta las cuales ninguna ciencia ni poder humano es capaz de elevarse, la gracia de Dios, que hasta allí le ha acompañado por modo invisible, le toma de la mano, verdad es, pero no de manera que suprima toda su actividad. La actividad de Dios es el principio de la nuestra; ella es el poder con que todo lo hacemos; ella es el complemento y la perfección de nuestra propia actividad, pero no reemplaza el trabajo personal del hombre. Dios obra antes que nosotros, pues de otro modo no seríamos capaces de actividad alguna. Dios obra en nosotros, inspirando á nuestra pereza y debilidad el deseo de la acción. Dios obra con nosotros, porque sólo por Él podemos hacer pasar al acto nuestro poder y nuestro querer. Pero no obra en lugar

(1) Gautier, *Les épopées françaises*, (2) I, 156 y sig.

(2) Dante, *Inf.*, 9, 90.

(3) *Id.*, *Purgat.*, 9, 120.

(4) *Histor. Jahrbuch der Gærresgesellschaft*, 1880, I, 127 y sig.

(5) Dante, *Inf.*, 16, 109 y sig.; 17, 1 y sig.; 21, 8 etc.